

## Despertar en verde



Confundido. Si, muy confundido.

¿Cómo podía ser, que le pasase semejante cosa a él...?

Eusebio. Confundido como todos, pues cuando uno se despierta en el extenso y nebuloso bosque del recién despertar, nada es todo, y todo es nada... Confundido, en ese intermedio de dos mundos tan distintos. El mundo de los sueños y el mundo de la dura realidad. Diferentes. Y en el medio, ni se sabe...

Mañana de hospital. Despertar de rutina, despertar de cualquier hospital. Refregarse los ojos, bostezar, estirar los brazos, sentir sed y mover la lengua por adentro de la boca, sentir algo de hambre y hasta sentir la desagradable molestia por debajo del ombligo, que te lleva directamente al baño. Y mientras orina, en el alivio posterior, dentro de su cerebro, el extenso territorio de la poesía que se abre ante sus pies, como invitándolo a mirar por la ventana. Por la ventana de su propio yo.

Angustia, depresión y soledad. Y buscar a alguien con quien poder hablar, de lo que sea, con tal de no pensar. Olvidarse, en el hablar, en el reírse, en el vivir de este mundo, que siempre te recuerda que estás vivo a cada instante. Como buscando hundir a tus raíces donde sea, en cualquier parte, menos en la tierra.

Pero cuando uno ya sale del lento despertar, vuelve a preguntarse. A preguntarse una vez más, porque terminó acostándose a sus huesos en ese triste hospital. ¿Por qué estará así de enfermo? Y se sigue y se sigue preguntando. Y busca, bucea, en el laberinto difícil de su mente. Busca y busca, hasta que algo encuentra. Buscando, bajo la presión de las pasiones que un día entraron a caldearse, pasiones que persiguieron la esquiva felicidad, sin importarle demasiado lo que iban dejando atrás. En si mismo, descubría ahora, se encerraba su propio enemigo. Ahora lo entendía.

Algo. Hacer algo. Lo que sea. Pero hacer y hacer, para huir del vacío espantoso de la nada. Historia, hecha forma. Hay cosas que sacuden, que nos toman y nos llevan de la mano. La enfermedad, es una de ella.

Tarde de dolor, fue aquella mañana en que se dio cuenta de que todo era mentira. Siempre detrás de los placeres, lo acechaban la soledad y el dolor del vacío más vacío. Caída lenta en una oscuridad muy negra, hasta buscar la luz que dicen que duerme en el fondo de los fondos. Como compitiendo con el mismo sol de enero, que se lo encuentra hasta donde menos se lo espera.

Enfermedad y tratar a toda costa de curarse, era un gesto que procuraba encontrarse un



lugarcito en ese mundo del esperar un veredicto. El espejo le devolvía su rostro. Su rostro demacrado, en una mezcla entre el verde y el azul. Maravilla de colores entre el verde y el azul, que hacían más notable su conjunto, mostrándose los dos al mismo tiempo

Quizá lo había enfermado el amor. El amor, saltando entre los brazos y anudándose entre abrazos. Revolcándose entre las sábanas de los cuerpos tan desnudos y compartiendo secreciones. Es que la novedad lo subyugaba mucho más que la nostalgia. ¿Para qué sirve amar hasta el desgarró? Jugaba al amor como se juega al póquer. Jugar con varias cartas a la vez y sin dejar de lado aquella que se tiene, pidiendo otra, y otra, y otra...

Se miraba en el espejo y se estudiaba. Personaje complejo, de mil y una caras y caretas, que oscilaba entre la piedad y la crueldad. A veces se ven cosas opuestas en una misma imagen. Y se enojaba contra esa imagen del espejo. O contra el mismo. Era fácil entender su furia, aunque uno no entendiese sus palabras. Palabras que le solían terminar en un orgasmo muy textual.

Estaba solo. Pero no le importaba demasiado. Es que se había ido dando cuenta que al final, quería mucho más al mar, al viento y las estrellas, que a su propia familia. Trataba de ser el rey de sus silencios. El resto solo era el silencio. Las palabras no habían muerto, pero estaban moribundas en su vida. Su pasado era el prólogo de su presente, como en un medio tono anémico. Dolor que lo ataba a una silla despintada de otros tiempos. Miseria humana disfrazada en mala suerte. Y no saber cual es la enfermedad que lo estaba acorralando.

Y por fin entró a la sala el médico de blanco guardapolvo y desaforado silencio de mutismos. Parco, demasiado parco en el hablar. Caminaba por la larga sala de internados, entre sus camas, alineadas a cada lado de un infinito pasillo central, como en un túnel sin final. Como las salas de antes. Como esas largas salas de veinte, treinta o cuarenta o más enfermos, que te hacían sentir que no eras el único que estaba solitariamente enfermo.

El médico repartía diagnósticos, tratamientos y pronósticos. A diestra y a siniestra. Parecía querer etiquetar a los pacientes en rojo, en amarillos o en la gama de los verdes. Era elocuente con sus actos. Usaba el color como adjetivo y como arma. Hasta que ese día se le dio por pegarle una frenada al triste corazón de Eusebio.

- *No tenés nada... así que agarrá tus cosas, y andate. Te vas de alta.*
- *¿Como qué nada? ¿Como qué no tengo nada? No puede ser...*
- *Verde. Sos un color verde... Así que fuera, fuera de aquí. Estas fuera... ¿No entiendes?*
- *Noooooooooooooo....*
  
- *Doctor, doctor. Despiértese, despiértese.... Tiene una pesadilla. Tuvo una pesadilla... - lo arrancó la enfermera, de aquel desagradable entresueño. El agotado médico de guardia, Eusebio Fernández, que soñaba y soñaba con que era un paciente, despertó por fin - Hoy empiezan sus vacaciones. Ya puede irse a su casa, doctor.*

Eusebio, se sonrió satisfecho y aliviado. Pero solo le duró unos muy pocos minutos. Hasta



que se miró la piel. Su piel lucía brillante, sudorosa, hinchada y de un intenso y muy extraño, muy raro color verde.

¿Cómo podía ser, que le pasase semejante cosa a él...?

*fin*